



Natalia Rodríguez

ESTOY AQUÍ

Ilustrador Natalia Rodríguez

Cómo el cáncer me hizo feliz

Caminaba ensimismado por una importante avenida de Santiago. Recién el médico me había informado la existencia de un posible cáncer a mis 61 años. Me descolocó completamente. Tenía la sensación de ir dentro de una burbuja que flotaba en medio de la gente, me sentía un aprendiz de fantasma que se deslizaba en otra dimensión y los demás no me percibían.

En mi hogar no le conté a nadie. Por instrucción del médico debía sacarme una biopsia para confirmar lo que no quería saber.

Habían pasado algunos días, no recuerdo cuantos, me dirijo a mi trabajo como un autómata y sin darme cuenta me devolví a mi departamento, me encuentro con mi esposa, mediante un abrazo fuerte y entre sollozos le cuento mi realidad. Ambos lloramos apegados un buen rato. Sentí un alivio al entender que no podía seguir enfrentando solo este angustioso momento. En la tarde le contamos a nuestros dos hijos, adultos ya. Fue una reunión muy triste, los cuatro lloramos; lo que me abrumaba era la pena que les estaba causando. Los miré y les dije: me ha hecho muy bien compartir esta aflicción, no tengo miedo, ahora me siento con ánimo de combatir esta enfermedad con todas mis fuerzas.

Me realicé la biopsia en el Hospital Militar y los primeros días de diciembre me llegó el resultado, lo que yo presentía: "Cáncer de Próstata", tal como lo indica este relato; destacado con letras negritas. Como si a los médicos no les bastara con dar una muy mala noticia, sino que la acentúan como un gran titular de periódico en primera plana.

Con tantas personas que se enteraron, apareció una amiga que nos recomendó la FALP. Así llegué a esta clínica. Quizás por azar o por intuición, solicité hora con el doctor Jorge Díaz.

En la primera entrevista me demostró con propiedad el manejo de esta enfermedad, además permitió hacerle todas las preguntas necesarias. Lo que determinó mi decisión, es cuando le pregunté: ¿Por qué debería operarme en esta clínica y no donde me había hecho los exámenes los especialistas? Por nuestra experiencia en operaciones y tratamientos oncológicos, que se realizan a diario; respondió. Y agregó, pero la decisión es tuya. No me quedó duda, debía tratarme aquí. De inmediato se iniciaron los preparativos. Lo sentía como un amigo, nunca lo pude tratar de Ud., se veía apenas un poco mayor que mi hijo.

Pasé una Navidad y un Año Nuevo muy sensible y ansioso porque la operación se ejecutara pronto. Fue el día 18 de enero, hace ocho años.

Pero lo interesante de este relato es lo que me sucedió después de la operación, continuado por un procedimiento de Radioterapia. Todo el reposo lo hice en el puerto de San Antonio, donde vive la mayoría de mi familia. Tres meses al lado del mar. En compañía de mi esposa, paseábamos diariamente por la bahía. Me sentía muy distendido, no pensaba en nada futuro, solo mi terapia. Este relajo me llevó a entender que había tenido muchos años de trabajo estresante. No les había contado que mi profesión es de Arquitecto, donde pasamos inmerso entre planos, presupuestos y construcciones.

Me di cuenta que mi deleite era el haber despejado mi mente y empezar a sentir cosas diferentes. Pasaba mucho tiempo observando desde el cerro los movimientos de los barcos que llegaban del extranjero. Lo había hecho durante mi niñez y adolescencia, pero esta vez tenía otra mirada. Mi intelecto se había desocupado de tanta tensión acumulada, empecé a disfrutar las cosas simples de la vida.

Una de las actividades que realmente me fascinaba hasta el embeleso, era contemplar el sector de "Puertecito", lugar donde están fondeadas las lanchas de pescadores. Todas muy coloridas que se mecen al ritmo del suave oleaje de la bahía. Tengo que contarles que mi padre fue pescador en este puerto; había capitaneado lanchas como la "Fideliza", la "Anastasia" y finalmente, antes de retirarse, la más emblemática el "Titán del Mar". A mi pesar, ya ninguna de estas existía.

Trataba de imaginar cómo era la vida de estos atrevidos trabajadores del mar. Tantas vivencias que me había relatado mi padre en mi infancia.

Viajaba periódicamente a Santiago a ver a Jorge Díaz, mi médico. Para mi alegría los resultados siempre fueron buenos. Salía gozoso y volvía al puerto. En el viaje pensaba en las aventuras que me contaban mis hermanos y decidí escribirlas. Basado en narraciones reales, creaba un cuento aplicándole un desarrollo y desenlace para hacerlos más atractivos. Empecé a sentir el agrado de escribir.

Había desaparecido el estrés de mi cerebro, dejando un gran espacio a las letras, principalmente a la narrativa. Guiado por una amiga escritora, revisábamos mis relatos y me animaba a que publicara algunos. Siempre he tenido pudor de publicar y creerme escritor, sin embargo ella insistía; por lo menos logró convencerme de enviar algunos cuentos a concursos. Con mucha vergüenza cedí y me atreví a participar, vaya sorpresa, recibí algunos reconocimientos tanto aquí en Santiago como en Buenos Aires. Me dio ánimo para armar un libro de cuentos de los pescadores del Puerto de San Antonio. Renuncié a mi trabajo, quería más tiempo para escribir, me había enamorado de las letras a los sesenta y dos años. Continúa mi pudor de publicar.

Aún me queda un control con mi estimado doctor. Cada vez que retorno al puerto, al atardecer me siento en un mirador cercano como punto de inspiración. Tiene una extensa vista a este maravilloso océano. Observo cómo se forman los arboles anaranjados que se van apagando lentamente mientras el sol se pierde, dando una sensación de final de película. Mi corazón regocijado me hizo reflexionar y darme cuenta que en definitiva, mi Cáncer me había hecho feliz.